

U. A. N. L.

BLANCA DE CASTILLA

MADRE DE SAN LUIS.

U. A. N. L.



LA MADRE DE SAN LUIS.

CAPÍTULO X.

La madre de San Luis.

HAY muchas maravillas en el universo,—ha dicho Bersot—pero la obra maestra de la creación, es el corazón de una madre.

Ninguna mujer ha podido aventajar á Blanca de Castilla, en ternura maternal; y sin embargo, se hallaba dotada de tanto carácter, que no tuvo débiles condescendencias para su hijo. Lo rodeó de notables profesores y autorizó á estos para que empuñasen la férula siempre que el príncipe mereciera castigo.

Sabios profesores tuvo San Luis, que robustecieron su inteligencia; pero la educación del corazón, la debe á su madre. Blanca de Castilla, cultivó en el alma de su hijo los más hermosos sentimientos.

Blanca de Castilla habia sido educada por su madre, por Eleonora, la hija de Enrique I, rey de Inglaterra, y conociendo el prestigio que ejerce una madre, cuando da á sus hijos la educacion moral, sin influencias extrañas, no quiso renunciar á este placer.

Tienen tanta relacion las inclinaciones nuestras con las de nuestra madre, que se atribuye el que madame Necker, madame Guizot y madame de Rémusat, se preocupasen tanto por el porvenir de su sexo á que las madres de estas tres grandes mujeres les hablaban siempre acerca de la necesidad de mejorar la educacion de la mujer.

La madre de madame de La Fayette, amó mucho la literatura y aunque no escribió inspiró á su hija la afición á este bello esparcimiento del espíritu.

Blanca de Castilla fomentó la instruccion pública, é hizo que la protegiera su hijo Luis.

Parecia haber nacido Blanca para sembrar por todas partes la felicidad. Realizóse su matrimonio bajo muy buenos auspicios, pues fué prenda de paz entre Francia é Inglaterra, entre esas dos naciones que habian vivido en guerra todo un siglo.

La muerte de Felipe Augusto hizo que subiera al trono Luis VIII y con él Blanca de Castilla.

Suscitáronse nuevas guerras entre Francia é Inglaterra, las cuales obligaron á Luis VIII á salir de la corte. Entonces quedó Blanca al frente de los negocios de Estado y empezaron á brillar sus buenas dotes para el gobierno.

El testamento de Luis VIII declaró á Blanca Regenta del Reino y tutora de su hijo primogénito.

No podian soportar los franceses el ser gobernados por una mujer, y por una española: diferentes calumnias levantaron, tratando de eclipsar las virtudes de Blanca; pero esta gran mujer supo desdeñarlas con digna altivez.

El conde de Champagne, el de Boloña, el conde de Evreux, Hugo de Chatillon, Enrique de Bar, Lusignan y Enguerrando de Cucí armaron múltiples intrigas disputando la Regencia á la princesa castellana.

Pronto demostró á los que querian amedrentarla, que tenia alma varonil: la bella española reunió un numeroso ejército y se puso á la cabeza de él en union de su hijo, para hacer frente á los revoltosos y desleales barones que querian disputarle la tutoría ejercida sobre su muy amado hijo.

Terrible era la situacion de Blanca de Castilla, en una época en que el derecho, la razon y la justicia caian ante un golpe de fuerza que todo lo arrollaba.

Blanca de Castilla era muy piadosa, pero jamas se convirtió en fanatismo su piedad. Ella supo sostener en el fiel, la balanza del poder espiritual y del poder temporal.

Tan pronto como Luis fué mayor de edad, su madre lo hizo subir al trono; pero al recibir el cetro rogó á ésta continuara favoreciéndole con sus consejos.

Una grave enfermedad del jóven monarca puso en

peligro su vida, y habiendo atribuido su curacion al milagro operado por un trozo de la Cruz del Salvador colocado sobre la cama del regio enfermo, cuando éste entró en convalecencia hizo solemne voto de combatir á los infieles.

Tres años empleó el monarca en sus preparativos para el viaje á Tierra Santa; antes de salir de Francia, declaró públicamente que dejaba á su madre al frente de todos sus reinos con amplias facultades para obrar segun le conviniese.

Vigorosa, constante, enérgica y justiciera Blanca de Castilla, tuvo ocasion de manifestar más de una vez en el nuevo período de su reinado, que nadie se le imponia. Firme en sus severas decisiones libró á su abatido pueblo del dominio que querian ejercer sobre él algunos tiranuelos.

Los vicarios de la diócesis de Paris habian aprisionado en las cárceles de la Iglesia á algunos siervos, por no haber pagado un impuesto y no solo les privaron de la libertad sino que les abandonaron hasta el punto de dejarles sin ningun alimento. Lo supo Doña Blanca y sintió contristado su corazon por la desgracia de aquellos infelices. Se dirigió al Cabildo con la moderacion que la caracterizaba y pidió que por consideracion á ella pusieran á los presos en libertad para que se ganasen el sustento con su trabajo. Los capitulares ofrecieron á la reina libertar á los cautivos; pero no lo cumplieron y hasta llegaron á decir que solo ellos tenian derecho de

vida y muerte sobre sus siervos. En vez de mejorar la condicion de los encarcelados, la hicieron más dura y al saber la reina tal encarnizamiento y tal crueldad, se fué con sus guardias ante las puertas de la prision y las hizo derribar.

Blanca libertó á todos aquellos siervos de los onerosos cargos que pesaban sobre ellos, y tuvo la bondad de indemnizar al clero con una cantidad de su peculio.

Mientras la reina regia con gran acierto los destinos de Francia, su hijo no disfrutaba en Palestina de los favores de la suerte. Diezmado su ejército por las enfermedades endémicas, y la prolongacion de la guerra que habia agotado los víveres, llegó á quedar en poder del enemigo.

El espíritu de Doña Blanca no se abatió con tales peligros; reunió nuevas gentes á las que concedió la roja enseña del cruzado, vendió todas sus ricas joyas, y enviando á Palestina hombres y oro, rescató á su hijo.

Los dolores que le causó la separacion de su hijo, y las duras cargas que imponia el poder en tan difíciles circunstancias, quebrantaron la salud de la reina y murió sin tener el placer de estrechar en sus brazos á su amado Luis.

El presentimiento de Blanca de Castilla se cumplió: al marcharse Luis IX á Tierra Santa su madre le dijo que no se volverian á ver.

Luis IX respetaba mucho á Blanca de Castilla, siempre la denominó: *mi señora y madre é incomparable reina.*

Blanca de Castilla introdujo al niño en las sendas del honor, y jamas se separó de ellas el hombre.

Luis IX fué el tipo de la más refinada caballerosidad, de la mayor obediencia filial; guardó la fé conyugal y concedió á su pueblo una cariñosa paternidad. Fué casto, sobrio, probo, caritativo y religioso. La semilla de virtud que la madre esparció en el corazon del niño, germinó felizmente sin hacerse esperar mucho tiempo.

La madre—como dice Michelet—es el sér más generoso que existe: cuando da su vida por aquel á quien adora, cree no haber hecho nada extraordinario. Ella encierra en sí misma, en su profunda naturaleza de madre, el sacrificio ilimitado.

¡Dulce frase que debe nuestro sexo al tierno y elegante autor que tan bellas ideas ha vertido acerca de la mujer!

¡Oh, madres! Procurad merecer los elogios de vuestros hijos y de la sociedad.

¡Benditas sean las madres que saben serlo!

LA MADRE DE PIETRO COSSA